

de tanto tiempo sepultados en el polvo. Halló á Horacio, este poeta del placer indolente, olvidado allí como una ironía de aquellas grandezas destruidas, de aquellas juventudes sepultadas y de aquellas bellezas destronadas. Descubrió á Ciceron, aquella grande alma en que la serena filosofía domina las vicisitudes políticas, y en que la virtud y la adversidad, luchando en un genio digno de contenerlas, se presentan en espectáculo y en lecciones á las almas que tienen que ejercitarse con la fortuna. En fin, desenterró algunos libros religiosos, que su piedad, reviviendo con la desgracia, le hizo recibir como un dón del cielo; viejos breviarios que contenian en los versículos de sus salmos, distribuidos para todos los días del año, todos los gemidos de la tierra; una *Imitacion de Cristo*, este vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se cambian con la resignación en tranquilidad del alma y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros á su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su cuarto. Quería alimentarse él mismo y servirse de ellos para ejercitar la memoria y la inteligencia de su hijo con el estudio de la lengua latina.

Se reunieron las princesas en la habitacion de la reina, en el segundo piso, debajo del cuarto del rey. La reina hizo armar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; madama Isabel, su sobrina y la princesa de Lamballe se establecieron en una pieza más pequeña y oscura que servia por el día de paso á los municipales, los guardias y los hombres de servicio de aquel piso para ir á otras piezas destinadas á los más viles usos. Las cocinas del piso bajo quedaron vacías, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina contigua al cuarto del rey se pusieron las camas de sus dos criados, Mrs. Hue y Chamilly.

Permitióse á la familia real dar un paseo de una hora en el jardín, bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió á las dos. Santerre y dos de sus ayudantes de campo asistieron á ella sin insolencia y sin respeto. Las horas que separan el mediodía de la noche las pasaron en hablar y leer, viendo jugar y haciendo rezar á los niños; desahogos tiernos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el cuarto del rey, para que el ruido de esta última comida no turbase el sueño de los niños, que descansaban ya en el cuarto de la reina. Despues de cenar y de las tiernas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron á bajar, y el rey, entrando en su gabinete de lectura, se encerró para reflexionar, leer y orar hasta medianoche.

IV

De este modo pasó el primer día de cautiverio. La presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe, la asiduidad y el cariño de la duquesa de Tourzel y su hija Paulina; el afecto probado de los criados, que voluntariamente se habian encerrado con sus amos, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios; el culto piadoso de madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporcionaron muchas veces á los prisioneros el arreglo de sus cuartos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansion, el cansancio de los pasados tumultos, el creer más segura su vida en aquella fortaleza, el ver cumplido así providencialmente el voto manifestado por la reina á Danton cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre»; la

aproximacion cierta de los extranjeros, el ignorar los triunfos de Dumouriez, el ver tanto cariño, tanta compasion y tantos votos como les seguian desde el fondo de la nacion á sus calabozos; la esperanza vaga pero confiada de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron algunos encantos sobre su tiempo y alguna dulzura sobre su tristeza. Mientras que el infortunio tiene testigos que le contemplan, confidencias que le escuchan y amistades que participan de él, puede tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellas amigas, aquellos criados, encerrados juntos dentro de aquellos muros, se daban recíprocamente algun consuelo.

A fin de distraerse algo los prisioneros, fueron al día siguiente á visitar las salas mayores de la gran torre del Temple, donde les habia anunciado Santerre se les preparaba su habitacion definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales les acompañaron en aquella visita á su futura prision, y despues á los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se hallaban en el camino, el rey y la reina oyeron susurros amenazantes contra la presencia de la princesa de Lamballe, de madama Tourzel y las damas de servicio, que se les dejaba como una sombra del trono, «que no se podía tolerar despues de los crímenes de la corte, y que parecia hacerse un ultraje al pueblo conservando una apariencia de supersticion hácia la soberanía».

Estos rumores, que al momento llegaron á oídos de la municipalidad, fueron causa de que se diese un decreto que mandaba expulsar todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió algunos días la ejecucion de aquella crueldad, esperando que podría hacer revocar aquella orden que iba á despedazar tantos corazones; mas en la noche del 19 al 20 de Agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido despertó con sobresalto á la familia real. Los municipales entraron en los cuartos del rey y de la reina, y les leyeron un decreto más imperativo que mandaba la expulsion inmediata de todos los individuos que no perteneciesen á la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos á su persona. Esta orden, notificada á tal hora, con términos y gestos que hacian mayor su crueldad, llenó á todos los detenidos de estupor y de consternacion. Hue y Chamilly, precipitándose medio vestidos en el cuarto de su amo, se tenian cogidas las manos, y permanecieron en pié delante de la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les causaba separarse. «Tened cuidado,—les dijo un empleado municipal,—la guillotina está permanente, y hiere de muerte á los criados de los reyes.»

Madama de Tourzel, aya del Delfin, llevó el niño dormido sobre la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel estaba abrazada á la joven princesa real, á quien la edad y la amistad la unian como á una hermana. Madama de Navarre, dama de honor de madama Isabel, y las tres damas de servicio de la reina, de las princesas y los niños, madamas Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente á los piés de su señora. María Antonieta y la princesa de Lamballe, abrazadas una con otra, suspiraban de dolor, y sólo la violencia pudo separarlas. Los municipales llevaron á madama de Lamballe, que se habia desvanecido junto á la escalera, fuera de aquellos muros donde dejaba á su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño. Madama Isabel y la joven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el cuarto de la reina, quien sólo desde aquel día se creyó cautiva, pues acababan de arrebatarle la amistad.

Para sustituir á aquellas damas, á aquellos criados y á aquellos amigos, necesidad de los corazones como de las costumbres, los comisarios de la municipalidad instalaron en la torre un hombre y una mujer llamados Tison. Eran los únicos encargados del servicio de los prisioneros. Tison, viejo melancólico, era un antiguo empleado en las puertas de Paris, hombre acostumbrado por su oficio á la sospecha, á inquirir y á ser brusco con todo el mundo. Esta grosería cambiaba todos sus servicios en injurias.

Su mujer, más jóven y ménos insensible, fluctuaba entre su enternecimiento por las desgracias de la reina, y el temor de que éste se atribuyese como un crimen á su marido. Pasaba sin cesar de la complacencia á la traicion, y de verter lágrimas sobre las rodillas de la reina á ir á delatar á su ama. Su corazón era bueno, pero el ver á la reina de Francia sujeta á su capricho exaltaba y turbaba sus ideas. Esta lucha de la sensibilidad y del terror en un espíritu débil concluyó por trastornar la razon de aquella mujer, y esta demencia fué la que dió lugar á que se imputasen á María Antonieta crímenes contra la naturaleza, que sólo eran los delirios de aquella desgraciada.

Un zapatero llamado Simon, encargado en la municipalidad de la revision de los trabajos y los gastos, era el único de los municipales que nunca fué relevado del servicio del Temple. Este hombre daba las órdenes á todos los criados, carceleros y llaveros. Obrero que se avergonzaba del trabajo, y que deseaba representar un papel, aunque fuese el más abyecto, intrigaba para que le hiciesen carcelero, y lo ejercía como verdugo; tenia por ayudante un antiguo sillero llamado Rocher.

Rocher era uno de esos hombres para quienes el infortunio es un juguete, y que se complacen en ladrar á las víctimas, como los perros á los andrajos. Se le habia escogido por su estatura, por su siniestra apariencia y por la ferocidad de sus facciones. Era el mismo que habia forzado el cuarto del rey el 20 de Junio, y levantado la mano para pegarle. Repugnante en su rostro, de mirada insolente, de gesto grosero, obsceno en su lenguaje, llevando una gorra de pelo y una larga barba, con una voz ronca y sepulcral, oliendo continuamente á tabaco y á vino, rodeándole siempre la nube formada por el humo de la pipa, que jamás separaba de la boca, hacian de él la personificación visible del calabozo. Arrastraba un gran sable sobre las baldosas y los tramos de la escalera de piedra, y llevaba colgando de la cintura un enorme manojó de llaves, cuyo ruido, que él aumentaba á propósito, y el estruendo de los cerrojos que no cesaba de abrir y cerrar, le complacian como complace á otros el ruido de las armas. Parecía que aquel sonido, que hacía resonar su importancia, hacía tambien resonar la cautividad más pesada en los oídos de los prisioneros. Cuando la familia real salia para dar su paseo á mediodía, Rocher, fingiendo escoger entre su manojó de llaves y ensayar en vano las cerraduras, hacía esperar al rey y á las princesas mucho tiempo en pié detras de él, y apenas abria la puerta del primer postigo, bajaba precipitadamente la escalera dando codazos al rey y á la reina, é iba á colocarse de centinela en la última puerta. Puesto allí de pié y obstruyendo la salida, examinaba los rostros y lanzaba nubes de humo de su pipa á los de la reina, de madama Isabel y de la princesa real, mirando á cada bocanada si habian comprendido la intencion de su insulto, y si los testigos de su bajeza le recompensaban de ella con sus sonrisas de inte-

ligencia. El aplauso de estos ultrajes le animaba á que los renovase diariamente.

Los guardias nacionales que estaban de servicio tenian cuidado de reunirse siempre que salia el rey, para gozar de aquel suplicio de la dignidad real entregada al desprecio de un llaverero. Aquellos á quienes esta bajeza incomodaba, concentraban en su alma la indignacion, que hubiese parecido un crimen á sus compañeros. Los más crueles ó los más curiosos hacian que les trajesen sillas del



Instalacion de la familia real en el Temple.—Pág. 208.

cuerpo de guardia, y se sentaban con el sombrero puesto cuando el rey pasaba, estrechando con afectacion el camino para que el monarca caido contemplase de más cerca su irreverencia y su degradacion. Carcajadas, cuchicheos, epítetos groseros ú obscenos circulaban por las filas al pasar el rey y las princesas. Los que no se atrevian á pronunciar aquellas injurias, las escribian con las puntas de las bayonetas en las paredes del vestíbulo y de las escaleras. A cada paso se leian alusiones ofensivas á la corpulencia del rey, á los pretendidos desórdenes de la reina, amenazas de muerte á los niños, «lobeznos que era preciso ahogar ántes que ellos pudiesen devorar al pueblo».

Durante el paseo, los artilleros dejando sus piezas, y los trabajadores sus her-

ramientas, se reunían lo más cerca posible de los prisioneros, y bailaban en corro, cantando coplas revolucionarias y canciones obscenas, que la inocencia de los niños no comprendía.

V

Estos momentos de comunicacion con el cielo y la naturaleza que la piedad de las leyes más severas concede á los mayores criminales, se habian transformado de este modo en momentos de humillacion y de tortura para los cautivos. El rey y la reina hubieran podido librarse de ellos permaneciendo encerrados en su habitacion; pero sus niños hubieran sufrido con esta reclusion é inmovilidad: á su edad, necesitaban respiracion y movimiento; sus padres pagaban voluntariamente al precio de sus ultrajes el poco aire, sol y ejercicio necesario á sus tiernas vidas.

Precedían en sus paseos á la familia real, y la vigilaban de cerca mientras estaba fuera, Santerre y los seis guardias municipales de servicio en el Temple. Los numerosos centinelas por delante de los que era preciso pasar, hacían el saludo militar al comandante de la fuerza armada de Paris, echaban armas al hombro á los municipales, y bajaban los fusiles, volviendo las culatas hácia arriba en señal de desprecio, cuando se aproximaba el rey.

La familia real no podía pasear en el jardin sino hasta la mitad de una calle de castaños de Indias. Las demoliciones, las construcciones y los trabajadores obstruían la otra mitad. Este corto y estrecho espacio, recorrido lentamente por el rey, su esposa y su hermana, servía para que corriesen y jugasen la jóven princesa y su hermano. El rey aparentaba recrearse con aquellas diversiones para animarlos, jugaba al tejo y á la pelota con el Delfin, y ponía al último de la calle el premio de la carrera. Entre tanto, la reina y su hermana hablaban en voz baja, ó se esforzaban en distraer á los niños para que no oyesen las canciones escandalosas que los perseguían hasta debajo de la sombra de las árboles.

Cierto dia, mientras duraba este paseo, hablando la reina con Clery de la inutilidad de los esfuerzos que la corte habia intentado para ablandar ó corromper á los republicanos, y sobre todo á Petion, Danton y Lacroix, le confió, para que él pudiese atestiguarlo algun dia, un acto de adhesion por el que parecia profundamente conmovido su corazon.

En los momentos de una de aquellas crisis desesperadas en que Luis XVI, agotados sus recursos, buscaba su última esperanza de salvacion en la adhesion desinteresada y en el bolsillo de algunos amigos, el comendador de Estourmel, descendiente de uno de aquellos cruzados que habian subido los primeros en el asalto de Jerusalem, era procurador general de la órden de Malta en Paris. Supo la pobreza del rey, realizó en pocas horas una suma de quinientos mil francos, y la hizo llevar á Luis XVI. El rey la aceptó, empleándola en pagar algunos dias más los intermediarios que le respondían del pueblo, que le engañaron. Esta deuda de reconocimiento pesaba sobre el corazon del rey y de la reina en la prision del Temple; se echaban en cara con frecuencia el haber aceptado tantos sacrificios inútiles y arrastrar en su catástrofe la fortuna de los amigos de su casa. Algunas veces tambien, y sobre todo en un principio, las princesas tenían, durante aquellos paseos, dulces inteligencias con los de fuera, porque los verdugos no podían interceptar las miradas. Desde los pisos altos de las casas que rodeaban el cercado

del Temple se dirigían muchos ojos sobre aquel jardin. Aquellas casas, habitadas por familias pobres, no ofrecían á la municipalidad ningun pretexto de sospecha ni de violencia. Aquel pueblo de mercaderes, de obreros y de revendedores no podía ser acusado de complicidad con la tiranía, ni de tramas contra la igualdad, y así no se habian atrevido á prohibir el que se abriesen aquellas ventanas. Tan pronto como se supo en Paris la hora en que salía el rey á paseo, la curiosidad, la piedad y la fidelidad las llenaron de numerosos espectadores, cuyas facciones no se podían reconocer á tan larga distancia, pero cuya actitud y gestos manifestaban la tierna curiosidad y la compasion. La familia real dirigía furtivas miradas á sus desconocidos amigos; la reina, por corresponder silenciosamente á los deseos de aquellas visitas, separaba con toda intencion de su rostro el velo, se detenía para hablar con el rey cuando miraban los más curiosos, ó dirigía los pasos y los juegos del jóven Delfin, como por casualidad, del lado en que podía ser mejor vista la agraciada figura del niño. Entónces se inclinaban algunas frentes, y algunas manos, acercándose una á otra, hacían el mudo ademán del aplauso. Algunas flores caían como por casualidad de los jardincillos colocados sobre los tejados de los pobres, y algunos escritos en caracteres grandes se desarrollaban en una ó dos buhardillas, donde se leía una palabra tierna, un presagio feliz, una esperanza ó un respeto.

Repetidos gestos, pero más inteligibles, respondían de abajo. Una ó dos veces el rey y las princesas creyeron haber reconocido entre aquellas caras las facciones de amigos adictos, antiguos ministros, señoras de alto rango unidas á la corte, y cuya existencia era incierta para ellos. Esta misteriosa inteligencia, establecida así entre la cárcel y la parte fiel de la nacion, era tan dulce para los cautivos, que les hizo arrostrar para gozar todos los dias de ella la lluvia, el frio, el sol y los más intolerables insultos de los artilleros que daban la guardia. El hilo de su existencia proscrita les parecía así anudarse con el alma de sus antiguos súbditos; creían estar en comunicacion con aquellos corazones, y el aire exterior, impregnado de adhesion por ellos, les llevaba de fuera al ménos aquella piedad que se les negaba dentro. Subían á la plataforma y se asomaban muchas veces á las ventanas de la torre; formaban intimidades á gran distancia, y amistades anónimas; la reina y su hermana se decían una á otra: «Tal casa nos es adicta, tal piso es nuestro, tal cuarto es realista, tal balcón es amigo».

Mas si alguna alegría recibían de fuera, tambien les llegaban la tristeza y el terror con el estruendo del ruido de la ciudad. Habían oído hasta al pié de la torre los aullidos de los asesinos de Setiembre, queriendo forzar las consignas, cortar la cabeza á la reina, ó al ménos tender á sus piés el cuerpo mutilado de la princesa de Lamballe.

El 21 de Setiembre á las cuatro de la tarde, habiéndose dormido el rey despues de comer al lado de las princesas, que callaban por no interrumpir su sueño, vino un guardia municipal llamado Lubin, acompañado de una escolta de gendarmaría á caballo y de una tumultuosa oleada de pueblo, á proclamar al pié de la torre la abolicion del trono y el establecimiento de la república. Las princesas no quisieron despertar al rey, y le contaron despues lo que habian oído. «Mi reinado—dijo á la reina con una triste sonrisa—pasó como un sueño; ¡pero no fué un sueño feliz! Dios me le habia impuesto, el pueblo me descarga de él. ¡Que sea feliz Fran-

cia, y yo no me quejaré!» Aquella misma noche vino Manuel á visitar á los prisioneros, y dijo al rey: «¿Sabeis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano?» «Lo oí decir,—replicó el rey con una serena indiferencia,—é hice votos por que la república sea favorable al pueblo. Yo jamás me coloqué entre su dicha y él.»

El rey llevaba aún su espada, este cetro del noble en Francia, y las insignias de las órdenes de caballería, de que era el jefe, se veían todavía sobre su casaca. «Sabreis también,—continuó Manuel—que la nación ha suprimido estos juguetes; debieran haberos dicho que os los quitáreis. Habiendo entrado en la clase de los otros ciudadanos, debéis ser tratado como ellos. En cuanto á lo demás, pedid á la nación lo que os sea necesario, y os lo concederá.» «Gracias,—dijo el rey,—nada necesito.» Y continuó leyendo con tranquilidad.

Para evitar toda pena inútil y toda degradación violenta de la dignidad personal del rey, Manuel y los comisarios se retiraron, haciendo una seña al ayuda de cámara para que les siguiese. Encargaron á aquel fiel servidor quitase las insignias de la casaca del rey cuando le desnudase por la noche, y enviase á la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero el mismo rey dió á Clery la orden de hacerlo; sólo se negó á separarse de aquellas insignias, que había recibido en la cuna con su vida, y que le parecía pertenecer más á su persona que al trono. Las hizo encerrar en una caja y las guardó, sea como un recuerdo, sea como una esperanza. El fogoso Hebert, tan famoso después con el nombre de *Pere Duchesne*, miembro entonces de la municipalidad, pidió estar de servicio aquel día para gozar de aquella rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista y con una sonrisa cruel la fisonomía del rey; pero la calma del hombre que manifestaban las facciones del soberano caído desconcertó la curiosidad de Hebert. El rey no quiso dar á sus enemigos el placer de que sorprendiesen en su rostro ni una pequeña emoción: aparentó leer tranquilamente la historia de la decadencia del imperio romano, de Montesquieu, mientras se cumplía su propia historia y se leía su catástrofe, atendiendo más á los reverses de otro que á los suyos. El rey fué grande en su indiferencia; á la reina, sublime en su altivez, le pareció más humillante llorar su grandeza que haber caído de ella: la caída de su carácter la hubiera envilecido más que la de su rango, y ninguna debilidad regocijó á los espectadores de aquella ejecución. Habiendo sonado las trompetas en los patios después de la instalación de la república, el rey se puso un poco á la ventana como para ver la apariencia del nuevo gobierno. La multitud le vió, y las imprecaciones, los sarcasmos, las injurias, resonaron como último adiós á la monarquía en el seno de aquel gentío. Los gendarmes, agitando sus sables y dando gritos de *¡Viva la república!*, hicieron al rey la señal imperiosa de que se retirase. Luis XVI cerró la ventana. Así se separaron el pueblo y el rey, después de tantos siglos de monarquía.

VI

Había señalado la Convención la cantidad de quinientas mil libras para los gastos relativos al establecimiento y á la manutención de la familia real en su pri-



Separación de la familia real y de las personas de su servidumbre.—Pág. 211.

sion. La municipalidad, por medio de comisiones sucesivas, había empleado la mayor parte de este subsidio alimenticio en construcciones de seguridad y en estrechar más el cautiverio. Lo que debía servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar sus hierros y para pago de sus carceleros. El rey no tenía á su disposición ninguna suma para vestir á la reina, á su hermana y á sus hijos, para recompensar los servicios que tenía que pedir fuera, ó para proporcionar á su familia, en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, aquellos alivios que la fortuna privada de los detenidos deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin más vestidos que los que tenían puestos en la mañana del 10 de Agosto; saqueados sus guardaropas, sus trajes y sus gavetas; llevados desde allí al Temple, sin más ropa blanca que la que había enviado al Picadero la embajadora de Inglaterra y la que algunos de sus servidores habían prestado á la familia real, los prisioneros, á la entrada de un riguroso invierno, presentaban la apariencia de una verdadera desnudez. La reina y madama Isabel pasaban los días como pobres obreras, recosiendo las camisas del rey y de los hijos y remendando sus vestidos de verano.

En el momento en que los negociadores prusianos habían exigido de Dumou-